

Tres días

Walter Jay



Novela

Nava Haro, Walter Jay
Tres días / Walter Jay Nava Haro
—México: Editorial De otro tipo, 2016
128 p. 23 cm
Serie: Ficción De otro tipo
Género: Novela

Primera edición, 2016

© Walter Jay Nava Haro

D.R. © 2016 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan
Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Corrección de estilo: Jesús Adonis Martínez

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96956-4-4

Impreso en México / Printed in Mexico

Contenido

Día uno	13
1. Correr	15
2. Cajas negras	21
3. Horas de espera	27
4. Las gatitas	31
5. Las tres heridas de Tulio	37
Día dos	41
6. Diego	43
7. El funeral de Tulio	49
8. Resignarse	53
9. El honor de Tulio	57
10. La vida y los bares	59
11. Ego y orgullo	63
12. Diego y Julia	67
13. Perspectiva imperfecta	71
14. El sufrimiento	73

15. Cuentas claras	77
16. Subversivo	81
17. La música y el cuerpo	83
18. La serpiente y el ratón	85
19. La obsesión de Gertrudiz	89
20. La soledad de los atormentados	
es una brasa viva sobre las manos	91
21. El teléfono enloquecido	93
Día tres	97
22. Malas noticias	99
23. Horas negras	103
24. Todo o nada	107
25. El suave letargo de las serpientes	111
26. Mario y Alexa	115
27. Cuando los egos se traban del cuello como perros	117
28. La familia de Gertrudiz	119
29. Perder al rey	121
30. Los lazos de Julia	123

A todas las víctimas de trata,
por el horror que no hemos podido evitarles como sociedad.

A don Gonzalo Vega,
mi admiración y respeto por su talento,
y por las entrañables temporadas en el Tenorio.

A Jesús Haro Álvarez,
por su convicción irrevocable hacia lo justo.

Ningún proyecto se logra en solitario,
gracias por su entusiasmo y apoyo a:
Mi familia:
Clementina, Olga, Hugo, Bryan, Emiliano, Ivy.
Mis tíos y primos, que nos hemos congregado en torno al cariño.

La familia De otro tipo:
Felipe Garrido, Mauricio Gómez-Morín, Selene Solano,
Karina Lara, Roberto Velasco,
Adrián Salcedo, Adonis Martínez, Rocío García, Sonia Silva-Rosas,
Gisela von Wobeser, Roger Vilar,
A. E. Quintero, Luis Bugarini, Alejandra Atala, Balam Rodrigo,
Carlos Farfán, José Luis Cruz, Mario Alquicira,
Jarris Margali, Pterocles Arenarius.

La familia Horizontum

La Familia Tequilador

Marimar Vega

Equipo Networkfilms

Fese, Anuies e Incubadora de empresas de la UVM Coyoacán.

A mis amigos:

Orlando e Isai Quintanar, Nahum, María Amor, Sumara, Miguel y Misael Fuentes, Pepe Velázquez, Marina Arenas, María de la Luz Cendejas, Alma, Diana López, Marco López, Delfina, Salustio, Iván Granados, Karla y Gabriela Sainz, Lorena Rodríguez, Berenice Álvarez, Aatzín, Celia López, Heri y Linda Ocampo, Lucy y Héctor, Irene, Sofía, Elia, Lucero, Beatriz y Belinda Beltrán, Adán, Enrique Martínez, Jorge Ramírez, Selene Cid, Karin.

Al taller de creación literaria “Como la hormiga”:

Blanca Estela, Antonio Trejo, Víctor Ramírez,
Nubia García y José Luis Cruz.

Secundaria 36.

A mis amigos de Salvatierra.

A Salvatierra,
por las bellas tardes que me regaló cuando terminaba esta historia.

Walter Jay

Salvatierra, Guanajuato 27 de octubre de 2016.

DÍA UNO

Correr

Al tercer bolsazo sintió cómo le tronaba el cráneo y en su lugar quedaba una consistencia blanda. Tulio cayó y Julia empezó a correr, con las manos aferradas a su bolsa de mano que guardaba un marro como único medio de defensa. Aprovechó el momento de incredulidad que pasmó a los guardias para tomar ventaja. Ellos la vieron salir como alma que lleva el diablo y por instinto intentaron cerrarle el paso, pero titubearon porque jamás se hubieran imaginado que Julia se atrevería a hacer una pendejada así y porque ella nunca pensó en detenerse. Cuando reaccionaron, ya cruzaba la avenida.

Un grito de furia salió de la habitación y varios guardias corrieron tras ella como perros con ganas de desquite. Su primera reacción fue intentar tumbarla de un balazo, hubo varios disparos que no atinaron, pero a Julia le inyectaron un *shot* de adrenalina que la hizo dar vuelta en la primera esquina en tres zancadas. Y con la vuelta regresó la esperanza de sobrevivir.

Buscaba con ansias una puerta abierta, un lugar para esconderse, pero nada ni nadie llegaba a rescatarla, ninguna posibilidad aparecía ante sus ojos sobreabiertos. El ruido de los

tacones era seco, pesado. Julia maldijo el momento en que decidió ponerse botas de agujeta hasta la pantorrilla. Pero seguía corriendo y el urgente toc toc de las zancadas la transportó a su primera vez, porque el corazón le latía idéntico, como si hubiera querido reventarle el pecho.

En aquella ocasión fue de rodillas. Tulio la tomó con fuerza de la cintura y le dio un empujón tan brusco que le desgarró el esfínter. Julia aguantó el dolor y el llanto porque el miedo era su mejor mordaza y su corazón ya lo drenaba a chorros. En el vaivén, brusco también, Julia imaginaba la mueca de placer detrás de ella, disfrutando de la puta satisfacción que sienten los que siempre se salen con la suya. Seguro era la misma que ahora sentían esos cabrones que venían tras ella. Una punzada en el pecho la llenó de frustración por no poder enfrentarlos.

Los perseguidores ya habían dado vuelta en la esquina y le daban alcance con rapidez. Julia ya escuchaba sus pisadas e improperios. Los oía organizarse por radio. No tardan en cerrarme el paso con un auto por delante, pensó. Y seguía corriendo sin entender por qué se aferraba al imposible de salvarse. Sabía de sobra que no se detendrían hasta alcanzarla, torturarla, asesinarla, hacerla pedazos y echársela a los perros.

El toc toc se hacía más lento, más pesado, levantar las piernas era una tarea cada vez más difícil. El cuerpo la traicionaba. Las zancadas tras ella eran cada vez más claras, más nítidas. Por lo menos eran cinco los que la perseguían, dedujo. ¿Por qué no disparan? Ya me tienen demasiado cerca, no fallarían..., se preguntaba Julia.

Pero la muerte no llegaba y, en cambio, venían a su mente imágenes como relámpagos que iluminaban aquellos muchos encuentros que fueron destrozando su esfínter y su miedo, porque el dolor cesó y la mueca burlona que imaginaba de-

trás de ella, poco a poco, mutó en amorosa. ¡Pendeja!, se dijo como reproche por todas las veces que necesitó el recuerdo de esos momentos para tocarse a solas. Quizá por eso acababa de matar a Tulio (eso esperaba), para cobrarse esa pinche sonrisa burlona que la había atado a días negros, y para castigarse a sí misma por mutarla.

— Vivir huyendo cansa mucho, Julia. No te arriesgues.

Las palabras de su amiga cuando la vio guardando el ma-rrro en su bolsa atravesaron su memoria, con otro peso, de otra forma. Por fin las entendía. Demasiado tarde. Sin embargo, la calle elegida le devolvió la esperanza cuando el metro apareció ante sus ojos. Deseó la suerte de entrar en el momento preciso en que el vagón cerrara su puerta, y ganar ventaja. Aceleró el paso lo más que pudo. Estaba a unos cuantos metros pero sus pies ya eran de plomo. Las pantorrillas se inflamaban y buscaban con violencia una salida por entre la red que hacían las agujetas. Julia sintió que le reventarían, pero siguió corriendo, sin que nada ni nadie llegara a redimirla de un destino al que la habían amarrado por la mala.

— Te voy a matar, perra.

No se trataba de otro recuerdo, eran las voces de furia de quienes ya casi le daban alcance. Quizá rendirse también era una forma de ganar. Desamarrarse y olvidarlo todo con la muerte. De cualquier manera nadie detendría lo que estaba por venir. ¿Por qué no disparan de una vez? Maldita sea. Morir violentamente era de sus peores pesadillas y estaba a punto de alcanzarla. Uno de sus tacones se quebró. Julia trastabilló,

como trastabillaba su propia voluntad. Soltó la bolsa que segundos antes apretaba con fuerza. ¿Había llegado el momento de rendirse? Julia apostaba a que sí.

— ¿Para qué quieres leer, hija? La literatura se volvió aburrida, la muerte dejó de ser un tema que intrigue, que lleve al límite a un personaje. En este mundo matar ya es como cagar, ¿qué historias pueden salir de eso?

— Ya me lo dijo tres veces.

— Pos parece que no lo hubiera escuchado nunca, hija. Mejor cierre ese libro y póngase a trabajar. Ya verá que se aburre menos y le dura más la vida.

Estaba harta, cansada de todo, pero la escena que logró colarse entre el cansancio y la falta de equilibrio le impidió soltarse a sí misma. Eran las palabras de Tulio cuando la encontró leyendo. El recuerdo le inyectó otro *shot* de adrenalina y, una vez más, se llenó del coraje suficiente para enfrentarse al riesgo de estar viva.

No claudicó hasta que el guardia de seguridad apareció ante su vista, parado en la entrada de la estación. Logró llegar a él cuando las manos de los perros que la perseguían le rozaban el vestido.

Julia se llenó de esperanza cuando tomó de los brazos al policía. Le rogó protección. Pero él no reaccionó. Menos aún cuando se vio rodeado por los seis hombres que asediaban a Julia. Eran muchos para él solo y tenía muchas ganas de llegar esa noche a su casa, lo esperaban su mujer y su hija. No movió un músculo. Se quedó mudo a pesar del ridículo que hacía frente a la boletera y una pareja de estudiantes que observaban atónitos la escena detrás de un muro de contención.

Cuando Julia notó la decisión del policía ya no opuso resistencia. La sujetaron, jadeante y sudando frío. En cuestión de segundos apareció un auto frente a la estación y la subieron entre dos. No hubo más *shots* de adrenalina.

Cajas negras

— En esta vida todo se hace a imagen y semejanza de lo que hay. ¿Quién podría hacerlo diferente? Ni Dios, hijo.

Hernán entró a su oficina absorto en las palabras que un día le dijo su padre y que luego le repitió hasta el cansancio. Estaba tenso y se sentía incapaz de tomar una decisión acertada. Se sirvió un caballito de tequila, aunque sabía de sobra que no necesitaba un ligero calmante, sino anesthesiarse con urgencia. Dejó la botella a su alcance.

Su oficina estaba repleta de estantes. Todos laqueados al natural sobre cedro rojo. Cada mueble resguardaba innumerables cintas de cajas negras. Registradores de vuelo que fue consiguiendo a lo largo de su vida. Llegó a pagar absurdas cantidades por conseguirlos. Había registros de helicópteros, aviones y avionetas.

Podía pasarse días escuchándolas una y otra vez. Gozaba de extraer la información y luego hacer sus propias conjeturas sobre el accidente. Era un hombre de búsquedas desesperadas.

Ansiaba verdades, pero casi siempre se le escurrían como el tequila, quemando por dentro.

Tomó el teléfono y marcó.

— Ven.

Dos tequilas después entró Eva. Llevaba puesto un vestido negro, sencillo. Se sentó junto a Hernán.

— ¿Qué necesitas?

Hernán no lograba atenuar su gesto de angustia. Miraba hacia la ventana como buscando una respuesta en el aire. Pero nada llegaba, hasta que deslizó su mano por debajo del vestido de la mujer y encontró consuelo. Eva se quedó quieta, sin emitir sonido. Entreabrió las piernas pensando que en su vida le había tocado enfrentar muchas historias de manera simultánea, pero nunca le había tocado jugar el mejor papel.

Cooperó, consciente de que unas veces, mientras se urde la trama de la existencia, tendemos hilos con los demás por propia voluntad, algunas por inconsciencia y otras por imposición. Eva dejaba que el argumento progresara sin intervenir demasiado, convencida de que su propia historia era protagonizada por el otro. Hernán se levantó y le abrió el vestido para desnudar sus pechos. La abrazó por la espalda. Sus manos comenzaron a acariciarla con ansiedad. Pasaba la yema de sus dedos por las cicatrices que Eva llevaba en sus senos. Ella cerraba los ojos por la extraña sensación de placer y dolor entremezclados.

Hernán no la veía, seguía en sus abismos. Se acercó para hablarle al oído: otro enigma. Eva no contestó, sólo apoyó sus manos sobre las de él con la intención de que se aferrara más a sus pechos. No era la primera vez que Eva tenía que ayudarlo a

calmar los ánimos. Continuó incitándolo sin saber si lo odiaba, lo amaba o le temía. Fuera cual fuera la emoción estaba consciente de que se trataba de un amarre que podía durar toda la vida, porque desanudarlo implicaba un riesgo muy alto que no estaba dispuesta a afrontar.

Eva se levantó y recostó a Hernán sobre el sofá. Acarició su entrepierna y luego desabrochó su cinturón para bajarle el pantalón y montarse sobre él. Los círculos que Eva dibujaba con sus caderas fueron apaciguando a Hernán, hasta que la frase del padre lo llevó de nuevo al momento en que la escuchó por primera vez. Tenía quince años. Recién cumplidos. Un seis de noviembre.

Su padre dijo muchas cosas más: que era un flojo, que no servía para la escuela, que nunca lograría nada y otras tantas más que ya no registró porque el televisor estaba encendido. La noticia había capturado su atención. Anunciaba el desplome de un helicóptero. El conductor informaba que no había sobrevivientes, pero que las autoridades ya tenían la caja negra en sus manos y que analizarían el contenido de las cintas para encontrar respuestas.

Cuando la noticia terminó, Hernán se dio cuenta de que continuaba la perorata del padre, pero le fue imposible volver a conectar con sus quejas. Sólo quedó claro que esa misma tarde se acababa la escuela y empezaba en el trabajo.

Eva poco a poco lo sacó de sus cavilaciones acelerando el ritmo. Hernán se incorporó a los movimientos de ella mientras le apretaba las nalgas con fuerza. Hernán fue soltando toda imagen hasta que logró dejar de pensar y emitió un quejido suave. Eva bajó la intensidad y en su lugar dejó movimientos suaves que se apagaron sin prisas.

La frecuencia cardíaca de Hernán fue atenuándose y su mente encontró un remanso. Una calma inusual en tiempos

turbulentos. Todos tenemos nuestra caja negra, le soltó sin más a la mujer que lo desmontaba. Eva asintió y empezó a vestirse.

Tocaron a la puerta un par de veces y en seguida se escuchó una voz: Patrón, ya la trajimos. Eva sintió que un frío le recorría el cuerpo y concentró su atención en vestirse para disimular el miedo que la ahogaba, suplicando por que no fuera su amiga la que estuviera atada en la cajuela.

— Ya voy —contestó Hernán.

Eva terminó de alistarse y volteó a verlo esperando instrucciones. Intentaba controlar hasta el último músculo para que ningún temblor la traicionara. Hernán le hizo una mueca para que se fuera y Eva salió en aparente calma.

Él se quedó recostado imaginando su existencia cubierta por aquella coraza infranqueable. Pensó en la posibilidad de abrir la caja negra de su vida pero la idea lo asustó, no estaba convencido de poder enfrentar la imagen completa de sí mismo. Tomó otro tequila.

Hernán estaba consciente del lugar que ocupaba en su familia y poco importaba que la trama estuviera influida, moldeada, dictada o impuesta, de cualquier manera era suya y debía afrontarla. Aunque después de ocho tequilas ya no sabía si su obsesión por las cajas negras se debía al secreto que sellaban, al horror del accidente o a la infalibilidad de un mecanismo capaz de registrarlo todo.

Se levantó con fastidio. Intuía sus propias trampas, pero estas siempre estaban un metro antes de cualquier cosa en su vida. Se sentía dividido, fracturado. No encontraba una respuesta que lo sacara de esa grieta. Al noveno tequila tocaron otra vez a la puerta. Varias veces. Con firmeza. Hernán ya sabía

quién era. No contestó. Pero quien tocaba se atrevió a cuestionarlo.

— ¿Qué te pasa, Hernán? Tú acá encerrado y tu padre muriéndose. Baja, debemos tomar decisiones.

Otro silencio como respuesta. Hernán escuchó esas palabras como el zumbido de una bala, como muchas veces solía acercársele la verdad. Su obsesión por las cajas negras no se debía al secreto que guardaban ni a las particularidades del accidente, su mente jugaba con la pura fantasía del desplome. Hernán recordó otra frase del padre: Todo termina siempre por caer, sin importar la altura del vuelo. ¿Quién podría hacerlo diferente? Ni Dios, mijo.